sar, pensar es afirmar, afirmar es creer en el objetivo y que los escépticos que se meten á hablar, escribir, discutir y raciocinar, son los más inconsecuentes entre los hombres y los más consecuentes entre los sofistas.

¿Cómo calificar entónces esta asercion de Littré: "El espíritu humano no puede conocer lo absoluto porque él no es absoluto." Equivale á decir que el ojo no puede ver al sol, porque él tampoco es el sol. Si no podemos conocer lo absoluto ¿de dónde procede que tengamos, no ya tal cual idea, sino la idea *necesaria* de lo absoluto? ¿De dónde viene que concibamos necesidad lógica, un conjunto de ideas, que todas tienen el carácter absoluto? ¿Por ventura hace Littré base de su clasificacion de las ciencias á las verdades *absolutas* de la "Matemática," como la llama, porque "el espíritu humano no puede conocer lo absoluto?" ¿Deberemos creer en honor de la razon humana, que la contradiccion perpetua, es á la vez el primer principio y último castigo de los sistemas que ponen sobre la razon su temeraria mano?

CAPITULO VI.

EL POSITIVISMO Y EL ESCEPTICISMO ABSOLUTO.

Enlace lógico de la evidencia y de la certeza.—Mutilacion arbitraria de la razon.—Consecuencias.—Afirmaciones *metafísicas* del positivismo.—Afirmaciones metafísicas de la razon.—Identidad de procedimiento y de evidencia.—Escepticismo absoluto.—Síntesis de los criterios y de las verdades.—Método del error.—Método positivista.

En vano tratarán nuestros adversarios de conservar la certeza en los dominios de la moral y de la experiencia despues de haberla trastornado en los de la lógica y la razon pura. No se puede limitar el escepticismo, y cuando ha invadido el ánimo por un lado, lo domina pronto por completo. Las dudas se ligan como las certidum-

Tal es, sobre todo, el método del positivismo. ¿No seria ya tiempo de aprovechar las lecciones del pasado y acabar de una vez con esas tentativas egoistas de sistem s incompletos, de principios mutilados, de lógicas trastornadas, de mé todos exclusivos, de exentricidades razonadas, en una palabra, de broma, de romanticismo, ó de charlatanismo filosófico, que han sido en todos tiempos la desesperacion de la inteligencia y á los que se puede vaticinar, desde luego, una pron. ta y vergonzosa ruina? ¿No es tiempo de comprender que aniquilar los elementos constitutivos del mundo intelectual y moral nos es tan imposible, como suprimir as leyes y los átomos de mundo físico, y que la fuerza de las cosas aplas tará, tarde ó temprano, todas esas teorías efíme ras, que prometen a los bobos del porvenir una razon, una verdad, una religion y una lógica *nuevas?* Como si todas estas cosas, grandes y santas, nacieran hoy; como si por su esencia no fueran eternas como Dios mismo; como si todo hombre en el hecho de ser hombre, no llevara en su alma grabado su profundo é imborrable sello; como si desde su aparicion sobre esta tierra hasta las revelaciones del siglo XIX,

hubiera sido para él letra muerta ó quedarán suspendidas las leyes de la verdad, de la lógica y de la conciencia; como si, por último, para vivir con la vida intelectual y moral, con la vida religiosa y social, debiera esperar á que un empírico priviligiado de nuestros tiempos le revelase las leyes de la vida.

Sí, so pena de no ser sino una ironía ó una ilusion, debe admitir una doctrina á toda verdad, á todo axioma, á toda razon, á toda evidencia. Si no reconoce todo esto, con su inflexible rigor, se condena á no ser nada. El esceptisimo positivista, así como el de Kant, desconocen esta ley suprema de toda investigacion doctrinal. Uno y otro, lo hemos visto, violentan los axiomas y mutilan á la razon y á la evidencia; uno y otro derriban la base sobre la cual pretenden apoyarse; amb s por consiguiente se ven condenados por la lógica más elemental, á la alternativa de afirmar las evidencias que niegan ó de negar las que afirman. En este dilema no hay medio. O se admite la evidencia lógica de los axiomas ó no se la admite, si lo primero, es necesario admitir al Dios perfecto é infinito que nos revela con los mismos títulos, con la misma necesidad, diremos

con mayor brillo que todo lo demás; si lo segundo, preciso es renunciar á todo, encastillarse en el escepticismo absoluto y enterrar de una vez para siempre á toda verdad. La fé de los pueblos, de conformidad con la razon de los mas grandes filósofos ha escogido ya entre estos extremos; toca á los positivistas hacerlo á su vez.

CAPITULO VII.

EL POSITIVISMO Y EL PROCEDIMIENTO DIALETICO DE LA RAZON.

Ley dialéctica.—Procedimiento trascendente.—Necesidad invencible de este procedimiento.—Su punto de partida es la realidad del mundo, su término, la *realidad* de Dios.—Analogía rigurosa entre la *finalidad* ó las intenciones finales, de las obras humanas y la de las obras naturales —Lo absoluto y lo infinito de la razon.—Realidad sustancial de este infinito.—El procedimiento dialéctico en todas las manifestaciones históricas del hombre y de la humanidad.—Conclusion.

El principio fundamental del positivismo, que consiste en no ver nada, ni admitir nada fuera de la experiencia sensible y por consiguiente, en buscar en la sola materia la explicacion de todos

bres, y ya se trate de admitirlas, ó ya de rechazarlas, una lógica implacable nos manifiesta prontamente, que no son posibles las escepciones. La evidencia de los principios es la base primera y regla suprema de toda certeza. La de los hechos ó de las ideas, la del objeto ó el sujeto, la de la experiencia directa ó del testimonio, la del sentido comun ó de la revelacion, toda evidencia sin escepcion, se comprueba, se verifica, y se justifica con la de los principios. Esta evidencia de los principios de la razon, constituye en todos tiempos, en todo lugar, para todo hombre, la luz, la regla, el criterio soberano de la certeza. Rechazarla, es rechazar á la razon; mutilarla es paralizar á la inteligencia. Aun más, mutilarla es negarla, y negarla es aniquilar de un golpe toda evidencia, toda razon. ¿Con qué derecho afirmaré la evidencia de los principios de la razon moral, si por un capricho insensato, niego, la no ménos luminosa ni absoluta de los axiomas de la razon pura? ¿Con qué derecho puedo mantener la de los hechos, si temerariamente rechazo la de los principios y las ideas? ¿Con qué derecho podré negar la autoridad y la evidencia del axioma, si en otra parte, ó en el raciocinio mismo en que la niego, reco-

nozco y proclamo la autoridad de esta misma evidencia?

¿Y qué hacen los filósofos que combatimos? Kant afirma á Dios y á la inmortalidad del alma, porque los concibe como *única* razon suficiente de la ley y de la sancion moral. Por su parte, Renan, Littré y Taine, afirman la existencia de la materia, la realidad del mundo externo, las leyes constantes y generales de la naturaleza, la unidad é inmutabilidad del órden universal, la sustancia de los seres orgánicos, la vida de los organizados, la sensibilidad de los animales, la inteligencia y la razon de los hombres, (cosas todas que no pueden percibir directamente por los sentidos) porque las conciben como *única* razon suficiente de los hechos y fenómenos que hieren su vista. A su vez la razon de los más grandes filósofos, apoyada en la universal del género humano, afirma, con afirmacion invencible y constante, un Dios absoluto, soberanamente poderoso, inteligente y libre, por consecuencia, un Dios conciente, personal, infinito, perfecto, por ser la *única* razon suficiente de las existencias contingentes del universo, del órden y movimiento de los seres, de la inteligencia y libertad del hombre, de la ley y responsabilidad morales, de la idea misma que tenemos del infini-

to, y de lo perfecto, así como de los principios de verdad eterna que son la base y la luz de nuestra inteligencia. Por una y otra parte, es el mismo punto de apoyo, el mismo procedimiento racional, la misma necesidad lógica, y hay por consiguiente, igual evidencia, igual certeza

Por una y otra parte, son el punto de partida los hechos concretos y positivos, sometidos á nuestra observacion directa y el de apoyo para la razon se encuentra en el principio eterno y necesrrio de la causalidad ó de la razon suficiente. Por una y otra parte, el procedimiento dialéctico de la inteligencia no es más que la induccion lógica ó racional, llevada con todo rigor. Por una y otra, en una palabra, presenta la evidencia los mismos caracteres, exhibe los mismos títulos, resplandece con igual brillo.

Es, pues, indivisible; necesario es admitirla ó rechazarla toda entera. Si se la rechaza en un solo punto, se pierde el derecho de invocarla en cualquiera otro. Mutilarla arbitrariamente es, lógicamente, aniquilarla; romper el resorte de todo raciocinio, de toda certeza; es condenarse á un escepticismo irremediable. Si negais al Dios personal, infinito, perfecto, que la inteligencia más exigente concibe como única razon suficiente y suprema de las manifestaciones del órden físico, intelectual y moral, negaré por las mism s causas, la materia, las fuerzas, las leyes, las causas y las sustancias que habeis concebido, segun decís, como única razon inmediata y directa de los fenómenos que someteis á vuestro análisis. Así, pues, ó admitís al Dios de la razon natural y filosófica, ó negais las sustancias y las leyes del mundo; negareis así vuestro entendimiento, única razon suficiente de vuestros pen mientos; vuestra voluntad, sola razon suficiente de vuestros actos; las facultades de vuestro ser, única razon suficiente de vuestra vida; negareis el principio de contradiccion, puesto que introducís la contradiccion sistemática en vuestra lógica; el de causalidad y razon suficiente, puesto que asentais como principio que se puede admitir el universo sin la causa que sola puede producirlo, y sin la razon que sola puede explicarlo. Negareis á la razon, os negareis á vosotros mismos, y vuestro sistema entero no será ya más que una afirmacion sin principio, un edificio sin base, un sueño sin objeto, un fantasma sin realidad, estravagante quimera de un pensamiento desprendido de sí mismo, que se desploma de grado ó por fuerza, bajo el peso de los principios ultrajados y rueda hasta el inson-

dable abismo del absurdo palpable y de la duda absoluta.

Sí, no me cansaré de repetirlo, la razon, la lógica, la verdad, la evidencia, forman un todo indivisible, que no se puede conmover en un solo punto sin exponerse á destrozarlo por completo. Son la regla eterna de la verdad en el espíritu. Sustraerse en un caso determinado de la soberanía de esta regla, es suprimir la regla misma, es decretar el reinado de la anarquía absoluta en el mundo de las inteligencias. ¿De qué se ocupa no obstante, el génio de la negacion, la manía de los sistemas, la infatuacion de las opiniones personales, la moda de las paradojas, el espíritu de secta y de division, si no es de mutilar, destrozar y dispersar á merced de un ciego capricho, el haz indisoluble de la razon, la verdad y la evidencia? ¿Qué hacen sino dar vueltas, con terquedad incansable en el mismo círculo de opiniones mezquinas, incompletas, exclusivas y fragmentarias, que sin cesar chocan, se trastornan, se destruyen unas á otras, igualmente impotentes así para el ataque como para la defensa, porque al truncar á la verdad y á la evidencia rompen entre sus manos al arma de la lógica, sin la cual nada vale, ni nada puede concebirse? ¿Qué hacen, en una palabra, sino es aislar, velar y dispersar en todos sentidos los múltiples rayos de la verdad, en lugar de reunirlos y fijarlos en la unidad de una vasta y luminosa síntesis?

Pasando sin cesar á los estremos más intolerables, el espíritu vertiginoso del error se encerrará tan pronto en un *idealismo* desenfrenado, que negará todas las realidades del mundo de los sentidos, como en un *sensualismo* superficial, que, á su vez, rechazará todas las realidades del mundo de la razon. Será hoy un *fideismo* ilusorio que tendrá la pretension de asentar al órden sobrenatural sobre las ruinas de la razon natural; y mañana un *racionalismo* sistemático que por sofisma inverso se lisonjeará de establecer el imperio de la razon sobre los despojos del órden sobrenatural y divino. Prendado de su grandeza, de su fuerza, el espíritu de los unos se prometerá llegar arrastrado por un misticismo exagerádo y quimérico, hasta la plena posesion de lo absoluto, mientras que el de los otros, cansado de sus desengaños, desesperando á la par de la verdad y de sí propio, irá á buscar en un enervante escepticismo no sé qué triste y lúgubre descanso, que más bien parece el sueño de la muerte.